

¿Y POR QUÉ?

Samuel Chávez Donoso
Director General Rekrea.Ltda

¿Si usted es padre de familia, habrá “sufrido” en carne propia, como yo, la andanada de preguntas que una tras otra emergen ansiosas e inquiridoras de la tierna boca de aquel pequeño hijo que no hace mucho ha aprendido a hablar.

¿**Por qué** se oscurece papá? ¿**Por qué** los animales no hablan? ¿**Por qué** llueve? ¿**Por qué** estás enojado? ¿**Por qué** esto o por qué lo otro?

Al principio nuestra reacción es la de un sabio y orgulloso padre, que puede ir dando las respuestas aparentemente satisfactorias (o tranquilizadoras) a su ansioso hijo.

Pero ... ¡caramba!, el niño no se conforma tan fácilmente y continúa preguntando hasta agotar la paciencia del más tolerante progenitor. Es que el interrogatorio, que casi siempre comienza con un inocente por qué, a nuestra primera respuesta es seguido por interminables y sucesivos ¿y por qué...?, que van como intentando llegar al origen mismo de las cosas.

Y el sabio padre comienza ya a cambiar su semblante y a esgrimir el socorrido argumento de... “no moleste m’hijito, que estoy ocupado”. La verdad es que éste es el preciso instante en que uno comienza a ver comprometido su orgullo y su paciencia..., pero también sus conocimientos, que ya no son suficientes para satisfacer las inagotables ansias de saber de ese pequeño interlocutor que se agiganta frente a nosotros con sus inesperadas preguntas.

Pero el niño o niña no se amilana y volverá, más tarde o más temprano, haciendo gala de sus naturales cualidades de investigador. No debiera sorprendernos, entonces, que los niños aprendan tantas cosas en sus primeros años de existencia. Es que su actitud inquisitiva y receptiva, junto a su desinhibición y natural ausencia de temor al ridículo, crean en él las condiciones propicias para erguirse en un verdadero conquistador del conocimiento.

Lamentablemente estas virtudes se van perdiendo con el pasar de los años; tal vez porque creamos que ya sabemos demasiado o tal vez porque queramos disimular nuestra falta de conocimiento. Pero lo concreto es que ya no indagamos tanto.

Este fenómeno lo vemos con mucha frecuencia en las empresas (centros de aplicación del conocimiento), donde observamos demasiada indiferencia o conformismo frente a hechos que ameritan un gran por qué.

En efecto, soslayamos muchas veces las causas verdaderas de una enorme cantidad de accidentes que truncan la vida de muchas personas; que amagan el futuro de tantos miles de trabajadores; que dañan, además, a tantos de los costosos y escasos recursos que las empresas tienen para producir y que atentan, en definitiva, contra los objetivos sociales y económicos de las empresas.

Pero nosotros, adultos ilustrados, ya no somos los mismos. Nuestras cualidades de investigador pertinaz han ido mermando y quizás si hasta ya hayamos perdido nuestra capacidad de sorprendernos frente a estos hechos de tan cotidiana ocurrencia.

¡Por qué! ¿Por qué será que en este aspecto hemos “evolucionado” al revés?

Cuando sabemos que un ser humano ha perdido la vida en un accidente, o que alguien se ha lesionado gravemente, nuestro primer por qué debe ser exclamando con indignación: **¡Por qué** tiene que *perder* la vida la gente en el acto de *ganarse* la vida! ¡Por qué tienen que suceder estas cosas! ¡Por qué permitimos que se repitan!

Pero luego de estas reacciones emocionales, debiera resurgir en nosotros aquel niño perdido en el tiempo que afanosamente y sin darse por vencido intentaba llegar a saber el verdadero por qué de las cosas. Ahora, en un plano más racional debiéramos preguntarnos: ¿por qué ocurrió el accidente? ¿cuáles fueron realmente sus causas? ¿cómo pudo haberse evitado? ¿en qué hemos fallado? ¿qué debemos hacer para impedir que se repita el accidente?

Sin duda que para la mente adulta estas son preguntas lógicas y necesarias, pues nos inducirán a la búsqueda de soluciones preventivas para tantos accidentes potenciales que están prestos a desatar su efecto devastador.

Y sería bueno comenzar ahora, imaginando tal vez cuán terrible sería tener que enfrentarse a un niño de 5 años que nos pregunta:

- ¿**Por qué** murió mi papá señor?
- Bueno... es que tuvimos un accidente.
- **Y por qué**, señor?
- Porque ... ¡algo falló!
- ¿**Y por qué**?
- Porque... eh...
- ¡¿**Y por qué**?!

INVITACIÓN

Lo invito a reenviar este artículo a todos quienes usted estime pueda interesarle o ser útil.

Y también a visitar nuestra **NUEVA** web:

www.rekrea.cl